



Editorial

Ciencia que sí transforma

Las declaraciones del Presidente José Antonio Kast sobre la investigación científica abrieron una discusión que va mucho más allá de una frase desafortunada. Lo que quedó en evidencia no fue solo una mirada simplificada sobre cómo funciona la ciencia, sino también una desconexión preocupante con el impacto concreto que ésta tiene en regiones como Aysén.

Porque desde Santiago es fácil cuestionar procesos largos, investigaciones extensas o resultados que no se traducen inmediatamente en cifras políticas. Pero en Aysén la investigación científica no es teoría abstracta ni un ejercicio académico encerrado entre cuatro paredes. Aquí ha sido una herramienta real para enfrentar problemas estructurales, comprender el territorio y abrir oportunidades de desarrollo que históricamente estuvieron lejos del alcance regional.

Basta mirar el trabajo desarrollado por el Centro de Investigación en Ecosistemas de la Patagonia, la Universidad de Aysén, la Universidad de Magallanes o la Universidad Austral de Chile a través de su Campus Patagonia. No se trata únicamente de papers publicados o tesis archivadas. Se trata de investigaciones que han permitido comprender mejor los ecosistemas, fortalecer la gestión hídrica, estudiar el impacto del cambio climático, mejorar procesos productivos, apoyar la planificación territorial y generar capital humano avanzado en una región que por décadas debió depender exclusivamente del conocimiento generado en otras zonas del país.

Ese es el punto de fondo que muchas veces se pierde en el debate político: la ciencia no puede medirse solo por la inmediatez de sus resultados. Hay investigaciones cuyos efectos se ven años después, pero que terminan siendo decisivas para el desarrollo de un territorio. En regiones extremas como Aysén, donde las brechas históricas son evidentes, la generación de

conocimiento local tiene un valor estratégico.

Y eso ya está ocurriendo.

Hoy existe más capacidad técnica regional, más profesionales especializados y una mayor comprensión de problemas que antes simplemente eran abordados desde escritorios a miles de kilómetros de distancia. La ciencia, cuando se conecta con el territorio, deja de ser un lujo académico y se transforma en una herramienta de soberanía regional.

Por eso las palabras importan. No porque la comunidad científica requiera protección simbólica, sino porque declaraciones apresuradas pueden terminar instalando una idea equivocada en la ciudadanía: que investigar es perder tiempo o gastar recursos sin retorno visible. Y en Aysén las evidencias muestran exactamente lo contrario.

La investigación científica ha sido clave para abordar desafíos productivos, ambientales y sociales que ninguna improvisación política habría podido resolver por sí sola. Ha permitido tomar mejores decisiones y también darle identidad a un territorio cuya riqueza natural exige conocimiento serio y permanente.

Se puede discutir sobre eficiencia, prioridades o mecanismos de financiamiento. Esa conversación siempre será legítima. Pero desacreditar la investigación desde una mirada reducida termina empañando uno de los pocos caminos que efectivamente han permitido descentralizar capacidades y construir desarrollo desde las regiones.

Aysén conoce bien esa diferencia. Aquí la ciencia no ha sido un discurso. Ha sido una herramienta concreta para entender el territorio y proyectarlo con más autonomía. Y eso, en tiempos donde abundan las frases rápidas y escasean las miradas de largo plazo, conviene defenderlo con claridad.